



Mirada de poeta

(una no novela)

**Luis
Moncada
Vigo**

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (arts. 270 y siguientes del Código Penal).

Mirada de poeta (una no novela)

© Luis Moncada Vigo

© 2021, Editorial Planeta Perú S. A.

Av. Juan de Aliaga N.º 425, of. 704 - Magdalena del Mar. Lima - Perú

www.planetadelibros.com.pe

Primera edición: mayo 2021

Tiraje: 800 ejemplares

Diseño y diagramación: Departamento de Arte y Diseño de Editorial Planeta Perú

ISBN: 978-612-319-651-6

Registro de Proyecto Editorial: 31501202100151

Hecho el Depósito Legal en la Biblioteca Nacional del Perú N.º 2021-04037

Impreso en Aza Graphic Peru S. A. C.

Av. José Leal 257, Lince, Lima, Perú

Lima - Perú, mayo 2021

Mirada de poeta

(una no novela)

Luis
Moncada
Vigo

*A mi esposa, hijas, familiares, amigos, amigas y a
todos los que luchan por un mundo donde impere
la justicia, la paz y el amor.*

Alonso era el más joven del grupo y asistía a los partidos más con el ánimo de declamar sus poemas que de sudar la gota gorda. Estaba convencido de que había vivido mucho para sus escasos años de existencia y sentía que había llegado el momento de publicar su primer libro, de hacer que el mundo lo conociera como el gran artista que era. Por mi parte, yo tenía la intención secreta de publicar una novela que lo tuviera a él, al poeta, como el personaje principal. Sentados en torno a una mesa de plástico, libando algunas cervezas tras el partido, este pequeño grupo de caballeros sin corcel, ni rey Arturo, soñaba, cada cual, con encontrar su secreto grial. Una idea en común los convocaba, eso sí: salvar al mundo. Y un acontecimiento, un accidente, trastocaría la unión de este grupo.

Mi novela debía intercalar la historia de estos muchachos con poemas que el poeta escribía y declamaba al final de cada noche, cuando los tragos ya habían hecho su efecto. Premunido de una exaltación poética, de un rapto artístico, el poeta, pararrayos de los dioses, entonces nos sorprendía con sus visiones proféticas que luego del trance olvidaba. Pero nosotros no.

El poeta logró juntar un buen número de poemas que intentamos convencerle de publicar —aunque él no los llamaba poemas, sino

más bien «sentimientos»—. Pero siempre nos decía que no sabía los pasos a seguir, y tampoco tenía el dinero, y, claro, sabía que todo, todo en la vida, tiene un costo, y cualquiera que este fuera sería demasiado para él. Él se conformaba entonces con ser el aeda, el profeta, como ya dije, en nuestros conciliábulos después de cada partido. Ahí recibía opiniones favorables y desfavorables sobre su trabajo; ahí sabía, solo leyendo el rostro de sus amigos, si sus poemas o sentimientos habían gustado o no. ¿Qué más podía desear?

Cuando le preguntaba al poeta por qué asistía a los partidos, él me respondía que ahí, en la cancha, podía conocer a profundidad la condición humana. La vida se resumía en perder, ganar o empatar. Eran estos resultados posibles siempre. Pero lo que nunca debía dejar de hacer uno era esforzarse, sudarlo todo. Podía haber personas mejores o peores que nosotros, el mundo entero podía ponerse en contra nuestra, pero si el equipo en torno de un hombre estaba con este, ningún mal lo alcanzaría.

Yo, secretamente, sabía que, en parte al menos, el encanto de sus poemas residía en la alegría que el alcohol nos procuraba en esas veladas. Entonces todo nos parecía hermoso, todo nos parecía sorprendente, único y brillante como un nuevo día. A pesar de ello, no faltaban los grandes críticos literarios que surgían espontáneamente para sugerir correcciones, aunque esto nunca molestó al poeta. Más bien lo entusiasmaba casi tanto como cuando lo felicitaban: lo motivaba y hacía que esperase ansioso la siguiente semana para volver a sorprendernos.

Como no podía ser de otra manera, su puesto era de portero, y en verdad tapaba muy bien. Era, incluso, un gran atajador de penales. Pero, además de escribir y jugar de portero, el poeta trabajaba en el área de almacén de los productos de una empresa que se dedicaba a la fabricación y comercialización de ladrillos. Escribir, después de todo, decía el poeta, era como construir una casa con ladrillos de palabras.

Cuando viajaba a su tierra, intentaba grabarse mentalmente los paisajes. Le servía de inspiración su pueblo natal, sobre todo su campiña; claro que ahora algunos pueblitos por donde caminó en su niñez

contaban con alumbrado eléctrico y agua potable, se habían modernizado, aunque aún la contaminación no los había invadido totalmente.

Pensando en mis obligaciones,
reflexionando en mis problemas,
tratando de encontrar el cielo raso,
tratando de conciliar el sueño
intento dormir.

Un sonido estruendoso me sobresalta.
He olvidado mi infancia.
Sobre el techo flotan ramas de árboles frutales,
el fuerte viento las bambolea;
mangos, mameyes y paltas caen,
unos más pesados que otros.

Una torrencial lluvia cae sobre la calamina,
como ráfagas de ametralladora.
No es granizo.
En el valle no nieva.

La fuerte lluvia se precipita del invisible cielo,
generando un inmenso ruido,
creando riachuelos en las escasas calles de mi pueblo,
hasta llegar al de mayor caudal.

Mi sensible olfato siente el olor a tierra mojada.
Los golpes de la lluvia sobre el techo no cesan,
unos con mayor intensidad que otros,
como si arrojaran baldes con agua en carnavales.
Si no fuera del lugar me asustaría,
porque parecen fantasmas queriendo ingresar.

De niño me aterraba,
hoy adulto solamente escucho y sonrío.

Los fantasmas están en mi consciencia,
no permiten que me duerma;
no sé cuánto tiempo ha pasado,
sigo pensando y reflexionando en mis obligaciones,
aquellos que se quedaron en la mundana ciudad.

Recupero la memoria
y recuerdo mi infancia debajo de estas latas
más viejas que mi abuela Renata.

Una luz blanca ingresa por los agujeros,
es la claridad del nuevo día.

El que vive en estas casas entiende:
mi techo está lleno de huecos,
precisamente por esos hoyos ingresó la lluvia
mojando mi cama de fierro,
mi hoy amplía anatomía,
tan grande como mi estadía.

No sé cuánto dormí,
tal vez tuve insomnio.

Salgo al inmenso *hall*
y veo a mi perro sentado sobre la barda
oteando el bello horizonte,
mirando a los pájaros que posan en la copa de los árboles,
aprestándose a enrumbar su vuelo,
en busca de alimentos
o sedimentos.

La neblina parece que cae del cielo
rodeando los cerros de mi pueblo,
y van desapareciendo conforme pasan los minutos.

El rocío de la lluvia sobre el verdor del valle va cayendo.
Respiro profundo.
Siento el inconfundible aroma de tierra removida por el aguacero nocturno
el frescor en el sano ambiente,
la linda mañana se siente.

Una bandada de loros atraviesa gritando,
quizás sin rumbo por culpa de un cazador furtivo,
ruidosos como mi alma,
como mis pensamientos que no se calman.
Uno que otro pájaro canta,
empieza la música natural en el claro día,
cálido como mi familia,
alegres como mis tías.

Una paloma asienta en el ventanal,
lleva algo en el pico para hacer su nido.
Busca el lugar adecuado,
su pareja lo acompaña,
seguro será bien construido.

Se escuchan voces de la familia,
han llegado varios por Navidad.
El encuentro es casi natural,
los padres ya no están,
pero los sentimientos de hermandad siguen intactos,
más aún si hay que celebrar el nacimiento de un niño
santo como todo infante.

Los primeros rayos solares chocan en nuestra tierra
convirtiendo mi valle en un lienzo muy colorido,
dando calor a todo lo que encuentra,
vida a toda criatura sin importar su estatura.

Las aguas transparentes del río
se perciben desde mi casa.
Albergan peces de todo tamaño, color y forma,
sus límpidas aguas brillan como cristales,
aún se pueden beber sin hervirlas.

Aquí, multicolores amaneceres nos sorprenden,
vientos suaves nos acarician,
noches cálidas cobijan nuestras almas perdidas,
nuestro espíritu desbocado,
nuestra apariencia sencilla,
nuestro valle perdido,
aún poco contaminado
nada desaliñado.

Alonso, que así se llamaba el poeta, como el viejo que peleaba contra molinos, podía escribir en cualquier momento; la inspiración le surgía a veces viajando o viendo una escena o durante un sueño. Despertaba y se le ocurrían ideas; debía escribirlas al instante porque si no lo hacía o esperaba que amaneciera ya no recordaba nada.

Alonso vivía esa realidad: era testigo de la injusticia y renegaba de sus compañeros, amigos, familiares y de todos sus compatriotas que no despertaban y no reclamaban sus derechos. Le indignaba que no salieran a protestar y a derrocar a los delincuentes enquistados en los gobiernos de turno. Sabía que solo no podía hacer nada y, si lo intentaba, en menos de un segundo lo pulverizarían los malos y lo convertirían en un enemigo público.

El robo a la ciudadanía, al pueblo y a todos era diario, los peajes injustos, las papeletas abusivas, las multas absurdas, las obras sobrevaluadas y mal hechas, los cobros indebidos de agua y energía eléctrica... Incluso, en los trámites administrativos y legales, hasta en las colas, todo estaba corrompido. El problema se había trasladado a

mucha gente común y corriente, que también actuaba de manera deshonesta, insensible al sufrimiento de los más pobres. Lo peor de todo era que algunos de ellos también se convertían en políticos y salían elegidos en representación de los más necesitados.

La actitud de indiferencia y la falta de solidaridad no solo sucedían en lo cotidiano, sino también en los hechos fortuitos. El poeta lo vivió en su pueblo, cuando ocurrió un terremoto. Se asustó como nunca; vio cómo las casas, iglesias, restaurantes, hoteles, colegios y escuelas se cayeron. Él creía que esas edificaciones eran eternas, que sus dueños tenían sus vidas aseguradas, pero en menos de un minuto vio su ciudad convertida en escombros. Sus habitantes quedaron en el desamparo total, no había ni agua para beber. Niños, adolescentes, adultos y ancianos en las mismas condiciones. Todos pobres, con carencias iguales. El dinero no servía porque no había nada que comprar y los que lo tenían guardado no podían sacarlo porque los bancos estaban derrumbados. En ese momento se dieron cuenta de lo vulnerables que eran, de que lo que poseían era frágil y de que de la riqueza a la pobreza se pasa en un pestañear de ojos.

Se podría creer que los que menos sufrieron fueron aquellos que no tenían nada antes del terremoto, que eran más del ochenta por ciento, y a ellos quizás esa desgracia les cayó como una esperanza para que el Estado los ayudara a construir las viviendas que nunca tuvieron, pero con las que nunca dejaron de soñar. Grande fue su decepción, porque la ayuda inmediata que les prometieron nunca llegó; siguieron igual o peor que antes del sismo, como si uno hubiera pensado que eso pudiera ser posible. En las noches en tinieblas y sin agua potable, sin alcantarillado y sin servicios básicos de subsistencia, muchos siguieron viviendo dentro de sus esteras o en sus minúsculas casas de calamina, cartón y adobe.

Hubo gente excepcional, que, con su espíritu solidario, ni bien se enteraron del sismo de ocho grados, recurrieron al lugar de los hechos. Los que no fueron, enviaron toneladas de víveres y otros enseres. Todos o casi todos, es decir, los privados que tenían recursos y los que tenían poco, también ayudaron. Los representantes del Estado, como

casi siempre sucede en estos casos, se robaron la ayuda humanitaria. Algunos alcaldes y gobernadores con malos empresarios negociaron las futuras partidas económicas que el Estado les depositó para hacer la reconstrucción de la ciudad.

Nadie confiaba en los malos políticos porque la fama de ladrones la llevaban impresa en la piel. Esto, porque eran cientos los involucrados en crímenes que finalmente quedaban impunes. Ellos casi nunca terminaban en prisión: el poder los protegía, y sus compinches políticos y los medios de comunicación los blindaban. Siempre eran los mismos, elegidos por décadas, a los que entrevistaban como si fueran sabios contemporáneos, cuando ahí, hablándole al pueblo, debería haber gente como Alonso, el poeta, nuestro Quijote.

La ayuda del prójimo, en cambio, igual llegó como si Dios hubiera dado la orden. Personas de todas las edades enviaron ayuda. Los más pobres volvieron a confiar; constataron que sí existen personas solidarias y se pusieron a trabajar en la reconstrucción como un solo puño. Los políticos, una vez más, junto con sus operadores, demostraron incapacidad y falta de preparación.

El poeta comprendió que los que son buenos realmente no suelen estar organizados. Los que sí, casi siempre lo hacen por un sentimiento subalterno. Aunque sucede en algunas ocasiones: que los corazones se encuentran y pueden cambiarlo todo.

Eso no quitaba que lo normal fuera que los poderosos no fueran a la cárcel, a pesar de las evidencias que los incriminaban. Ni las acusaciones de haber robado millones de soles y dólares les afectaban. Expresidentes de la república y presidentes en actividad vivían felices, intocables y con un sueldo pagado con las contribuciones de sus víctimas. Mientras los que pedían míseras coimas o el que robaba una gallina o pan para comer era condenado a décadas de cárcel.

Existían inocentes condenados por nada, presos que después de años eran absueltos y ni siquiera recibían una disculpa por parte del Estado. A los corruptos, culpables de varios delitos graves, se les absolvía y, si se les condenaba, eran indultados al poco tiempo. Impunidad

para los adinerados, cárcel para los pobres. Esto era lo normal en un país donde la mayoría de los electores votaban por evitar la multa, sin saber ni entender para qué sirve elegir autoridades.

Autoridades que cometían delitos y todo un país lo sabía, pero a quienes, por tener cargos públicos, no les pasaba nada. Seguían ganando sus inmensos sueldos y otros beneficios, como instalación, aguinaldos, capacitaciones, escolaridad, representación, vacaciones, viajes al exterior con queridas y amantes, con guardaespaldas incluido. Nadie tenía el valor de pedir que les suspendieran todos esos beneficios, ni el presidente de la república, ni la prensa llamada «neutral y objetiva», ni los revolucionarios, ni fiscales, ni jueces. Una cobardía total.

Quiero ser justo,
hacer el bien,
lo intento mil veces,
y me doy cuenta de mi revés.

Hablo con mis amistades,
conocidos,
desconocidos,
que debemos ser buenos,
que debemos ser honestos,
sinceros,
leales,
solidarios,
pero me frustró.

Lo intento infinitas veces
y me encuentro con indiferentes,
negativos,
inconscientes,
insensibles,
rebeldes,

renegados,
anarquistas,
egoístas,
individualistas,
ateos,
sectarios,
religiosos,
preocupados por ellos mismos.

Y mi mundo cada vez peor:
más miseria,
más delincuencia,
más injusticia,
más abuso,
más sufrimiento.

Solamente quiero un mundo mejor,
de hermandad,
de justicia,
de solidaridad,
de amor,
de paz,
de relax.

Lucho por causas justas,
no renuncio;
pero sigo encontrando caos,
incomprensión,
indiferencia,
pero no perderé la paciencia.

No desmayo,
pero sigo encontrando almas perdidas,

perversas,
represivas.

Lucho por reconciliarnos,
por más amor a la vida,
al prójimo,
a los animales,
a la naturaleza.

Pido más sensibilidad,
más cultura,
más trabajo,
más educación,
más humanización.

Todo está mal:
todos quieren sacar provecho del débil,
también del fuerte;
todo está podrido,
pero no me doy por vencido.

No dejemos de luchar,
sigamos tercetos,
así estemos solos;
lograremos un mundo mejor,
lleno de fervor,
lleno de amor

El joven poeta vivía en este mundo desordenado, en un país donde imperaba la informalidad, que muchas veces es llamada emprendimiento. Muchos de esos «emprendedores» se habían convertido en ricos sin pagar derechos laborales, esclavizando gente en pleno siglo veintiuno, sin pagar impuestos, sin respetar a nadie, solamente siguiendo

el ejemplo de su clase política que cada cierto tiempo prometía acabar con la informalidad. Pero solamente con represión: golpeándolos, torturándolos, persiguiéndolos como si fueran delincuentes y para que las cámaras los grabaran y salieran en las noticias. Nada de proponerles alternativas viables para ingresar a la vida formal. Los llamados emprendedores existían por todos lados, los que se hacían millonarios vendiendo piedras, tierra, arena, chatarra, basura, ilusiones y demás cosas al parecer invendibles. Los más honestos eran los que más sudaban, los que trabajaban sin horarios, sin comodidades, solo con la necesidad de progresar de manera honesta y tener algún día un empleo que les permitiera subsistir por el resto de sus días.

Y lo hacían así porque al menos en la ciudad podían vender a alguien, al menos trabajaban de algo, a diferencia de en sus provincias, sus caseríos o el campo, donde no existían fuentes de empleo. No había a quien robar porque todos eran pobres. El Estado no aprovechaba para ordenar a esta gente trabajadora que quería ser formal y quería que su país progresara. Los emprendedores no tenían acceso a los créditos, y, si les prestaban, los bancos les cobraban intereses tan altos que, finalmente, estas personas tenían que pasarse la vida trabajando para cancelar sus deudas. Estas entidades financieras se alimentaban de la pobreza del pueblo, mientras se beneficiaban con la ayuda de los gobiernos, que los reflataban cuando estaban en crisis o les inyectaban dinero.

Emprendedores con historias similares, provenientes de familias disfuncionales, huérfanos, salidos de hogares muy pobres. Algunos íntegros moralmente, esforzados, por estar convencidos de que solamente la educación y las buenas relaciones pueden llevar al progreso. Muy pocos acomodados o de familias holgadas; la mayoría simplemente era el resultado de un país subdesarrollado, con bajos niveles de educación y formalidad. Pero eso no era un obstáculo para querer a sus familias, a sus amistades y vecinos con infinito amor y solidaridad.

Los emprendedores eran gente que supo salir adelante y transformar no solo su vida individual, sino también los arenales. Los

cerros los convertían en hermosas ciudades, solo con la participación de sus vecinos, que realmente nunca descansaban. Hasta de noche trabajaban en jornadas gratuitas, construyendo sus calles, sus pistas, sus muros de contención, sus escaleras, sus veredas, sus jardines y más obras que embellecían con el tiempo el lugar de residencia. Gente pujante que no esperaba a las malas autoridades para transformar su ciudad en un lugar acogedor.

Compatriota,
camina conmigo,
luchemos juntos,
hoy y no mañana.

Vive la vida,
la vida es lucha,
es libertad,
es felicidad.

Los desvalidos nos necesitan,
podemos salvarlos,
tú, yo, y muchos más,
quienes estamos hartos de la desigualdad.

Empecemos,
no dudemos,
no temamos,
somos hermanos.

No importa si quedamos en el camino,
otros continuarán,
pelearán
y triunfarán.

Aún tenemos salud,
fuerzas,
también palabras para convencer,
para persuadir a los indecisos,
a los cobardes,
a los indiferentes
que parecen seres inertes.

Despertemos,
indignémonos,
luchemos con entusiasmo,
con emoción,
con la razón.

Reemplacemos a los injustos,
los indiferentes,
los intolerantes
los maleantes.

No temamos a la muerte,
es parte de nuestras vidas.
Luchemos por amor a nuestras familias,
nuestro prójimo,
nuestra amistad,
nuestra felicidad.

El hecho de vivir en los tiempos de la internet hacía que el acceso a la información y la cultura, al menos sobre el papel, estuviera al alcance de muchos, muchas veces de forma gratuita. Por eso las conversaciones se tornaban más amenas. Los *whatsapp* permitían intercambiar temas con sus amigos más cercanos, más si era fin de semana y con unos tragos encima.